

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 114
Octubre - Diciembre 1998

PEDRO FRANCISCO BONO Y SU EPOCA*

Roberto Cassá**

Es motivo de júbilo encontrarme hoy entre tantos viejos amigos de la Compañía de Jesús y de organizaciones religiosas y comunitarias. Y lo es doblemente por cuanto se me ha pedido que les hable acerca del prócer que lleva el nombre de esta institución. Ante todo, agradezco las palabras de presentación de Ignacio Lasaga y la participación como comentarista de Raymundo González, quien nos ha enseñado a aquilatar la trascendencia de Bonó. Aprovecho el honor que ustedes me brindan para ampliar algunos de los aspectos de las ideas de Bonó introducidos en mi discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Historia.

Considero que no hay otro marco más adecuado para comprender a Bonó que situarlo en el contexto de su época. Fue un pensador que ante todo estuvo atento a los problemas de sus contemporáneos, y su producción puede leerse en tal clave. Trascendió esquemas e intentó capturar la especificidad de los contornos históricos. Bonó inauguró un estilo de pensamiento en el país, colocándose en sitial sobresaliente

* Conferencia pronunciada en el Instituto Filosófico Pedro Francisco Bonó, en octubre de 1997, con motivo del 168 aniversario del nacimiento de Bonó. Transcripción de Henry Rosa Polanco, sj, corregida por María de los Angeles Calzada.

** Historiador

entre los intelectuales de su época. La revisión de algunas de las temáticas de su obra permite trazar una panorámica de su época, pues como pocos casos entre nuestros intelectuales, en su obra se advierte la capacidad de interpretar la dinámica histórica.

Dicotomía Cibao-Sur

Bonó nació en Santiago en 1828, en plena dominación haitiana, época en que habían ya avanzado los cambios característicos del siglo XIX, los cuales suponían la ruptura de las condiciones heredadas del período colonial. Durante el siglo XVIII la colonia se había basado en una economía ganadera y de esclavitud patriarcal que tuvo su epicentro en la banda sur gracias al comercio de ganado con Saint Domingue. Desde fines de ese siglo comenzó a emerger en el Cibao un nuevo tipo de relación económica, que fue la agricultura del tabaco. Esta no se basaba en la esclavitud o en el latifundio ganadero, sino en el trabajo libre y la explotación intensiva del suelo. Con el tiempo, advino una sociedad de pequeños cultivadores que tipificó el proceso económico del siglo XIX, al emerger como paradigma para el resto del país. El Cibao tomó la delantera en las líneas de desarrollo, con lo que se diferenció de la banda sur, en la cual subsistían con más fuerza las relaciones originadas en los tiempos coloniales.

Se estableció así una dicotomía regional entre Cibao y Sur, que ocuparía una posición fundamental dentro de la reflexión de Bonó. El fue producto de las circunstancias de su región, lo que le permitió afirmar un punto de partida para su propuesta de lo que debería ser el ordenamiento nacional. También fue protagonista del proceso político como integrante de un conglomerado de intelectuales y políticos de Santiago que se propusieron anular la hegemonía centralista de la burocracia de Santo Domingo. Por eso, el federalismo fue el corolario más sobresaliente de sus inquietudes, como se puso de manifiesto en la asamblea constituyente de Moca en 1858.

Liberales y conservadores

El momento culminante de la actuación del conglomerado de intelectuales y políticos cibaeños fue la Guerra de la Restauración, de 1863 a 1865, gesta que llevó a la derrota de las propuestas conservadoras que veían en el anexionismo la garantía del orden y la estabili-

dad. En el seno del gobierno nacional establecido en Santiago en 1863 se recompuso una corriente política liberal, que pasó a denominarse Partido Nacional, luego conocido como Partido Azul. Los liberales se diferenciaron de los conservadores en dos supuestos principales: el de que los dominicanos conformaban una nación con posibilidades de trazar su destino; y que, a partir de ahí, era factible construir un estado acorde con los cánones de la tradición democrática de los países centrales.

Las divergencias, sin embargo, no eliminaban que conservadores y liberales coincidieran en la intención final de la modernización, aunque cada tendencia partía de matizaciones particulares. El objetivo de enrumbar el país hacia un régimen moderno estaría en el centro de la visión retrospectiva que habría de desarrollar Bonó, sobre todo después que sus compañeros liberales, dirigidos por Gregorio Luperón, tomaron el poder de manera estable en 1879.

La toma del poder por los azules fue el resultado postrero de la Restauración, que había conllevado el desplazamiento de la hegemonía ideológica hacia el sector liberal. La intelectualidad se orientó por el liberalismo, pero se mantuvo impotente para poner en práctica su programa. El proceso político posterior a 1865 evidencia la grave dificultad por parte de los liberales de conducir al país. El conservadurismo, animado en la preeminencia de la autoridad, caía en el descrédito conceptual, pero mantenía vigencia práctica, a través de la capacidad de su jefe, Buenaventura Báez, de atraer la adhesión de los caudillos, lo que reciclaba la debilidad del aparato estatal. También debe hacerse alusión a la capacidad hegemónica de los conservadores sobre el pueblo, ya que eludían los prejuicios de los liberales y estaban dotados de un concepto de política popular. Se hizo característica, en consecuencia, una falta de correspondencia entre la acción de las elites en el terreno político y en el intelectual.

En la década de 1880 se pusieron de manifiesto los conflictos inherentes del liberalismo dominicano. Como corriente política, partía de un concepto ordenador de civilización que daba por resultado, en la práctica, el desdén por la cultura popular. El punto nodal de la propuesta liberal terminó siendo desarraigar los factores de atraso en el interior de la masa del pueblo. Esto se traducía en soluciones como la inmigración, vista como panacea para los problemas nacionales.

Diferenciación de los liberales

Bonó se integró al liberalismo como uno de sus adalides desde la Revolución de 1857 contra la segunda administración de Buenaventura Báez, momento en que comenzaba a incursionar en la elaboración doctrinal. Ocupó posiciones preeminentes en el gobierno de Santiago, del que se retiró en protesta silenciosa por el fusilamiento del presidente José Antonio Salcedo. Desde entonces se radicó en San Francisco de Macorís, como forma de mantenerse alejado de los asuntos públicos. Empero, todavía aceptó ocupar el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública en 1867, durante el segundo mandato de José María Cabral. Su experiencia en estos meses también se saldó en la frustración, a causa del intento de arrendamiento de la península de Samaná a los Estados Unidos con el fin de obtener recursos para enfrentar la insurgencia de los caudillos baecistas. De nuevo Bonó presentó dimisión y profundizó su alejamiento de la política, aunque sin renunciar a una identificación genérica con el grupo liberal.

En 1875, después de la caída del gobierno de los seis años, Bonó se propuso erigirse en una tribuna del análisis crítico, comenzando a producir algunos textos de apreciación acerca de tópicos de actualidad. Sus escritos tomaron un curso más definido en los primeros años de la década de 1880, cuando desarrolla las apreciaciones que lo fueron distanciando del grupo liberal en el poder, por considerar que convalidaba un esquema de desarrollo capitalista que calificó "de privilegio". Bonó no renunció exactamente al paradigma liberal, aunque intuyó elementos diferenciadores en lo atinente a una estrategia de construcción nacional. Alrededor de la trama de lo sucedido durante los gobiernos azules, que culminaron en la instauración de la tiranía de Ulises Heureaux, se tornan comprensibles las preocupaciones de Bonó, sus propuestas políticas y la forma en que trazó una mirada retrospectiva del proceso de las décadas anteriores.

El aislamiento

Los azules llegaron al poder en base a la violencia y sus ejecutorias gubernamentales se diferenciaron poco de lo que habían hecho los conservadores. Bonó y otros intelectuales radicales llegaron a la conclusión de que habían cesado las diferencias significativas entre liberales azules y conservadores rojos. El exilio de Báez y el asesinato de Manuel Altagracia Cáceres llevaron a la desorganización de los ro-

jos, por lo que en gran parte terminaron fundiéndose con los azules, pauta que trazó Manuel María Gautier, cerebro gris del partido rojo. Bonó fue el que llevó a su punto más alto las consecuencias de dicha convergencia, al aseverar que en lo adelante la única oposición política pasaría a ser la del partido de los trabajadores. Sin embargo, adoptó un punto de vista cuidadoso, ya que no quiso traducir su distancia conceptual de los azules al terreno político. En todo momento evitó romper con sus viejos amigos, aunque de la misma manera se negó a participar de sus ejecutorias.

Se pueden aducir varias razones de la negativa de Bonó a participar en los asuntos políticos. Por una parte, padecía de enfermedades crónicas, lo que daba lugar a estados depresivos, como se reflejan en su correspondencia. Más importante fue que se autoasignó la tarea de observador crítico, que consideró que le deparaba una posición privilegiada. Sin duda desarrolló una aversión a la política, pero su renuencia también se debía al convencimiento arraigado de que no existía solución alternativa al rumbo nefasto tomado por las que denominaba "clases directoras". Aunque elaboró la tesis de que el conglomerado nacional era producto de la capacidad creadora de las "clases trabajadoras", situaba ese resultado en una dimensión objetiva, que no alteraba su escepticismo acerca de la capacidad política de estas últimas, punto al que luego me volveré a referir.

En algunos de sus escritos puede inferirse que consideraba la presencia de los azules en el poder como un mal menor. Discretamente se propuso contribuir a que las cosas tomaran un cauce menos negativo, pero tenía conciencia de que sus posiciones de fondo no podían ser compartidas por la generalidad de sus amigos. La adhesión a su vieja formación no sólo se puede interpretar como reacción emocional, sino como también producto de su visión de que el país se hallaba ante perspectivas tan delicadas que llegaba a visualizar la desintegración del colectivo como resultado de la explotación social. Su apreciación, pues, estuvo pautada por la prudencia, lo que lo llevó incluso a aceptar la oferta de amistad personal de Ulises Heureaux, depositario de la degeneración oligárquica que él criticaba. Se negó, en consecuencia, a secundar las disidencias ortodoxas dentro del bando liberal, como las protagonizadas tempranamente por jóvenes de sociedades patrióticas y posteriormente por Casimiro de Moya, en 1886, y por el mismo Gregorio Luperón en 1888.

Lo anterior no significa que se solidarizara en lo más mínimo con los actos de Heureaux. Por el contrario, su última obra Congreso extraparlamentario, después de años de silencio, está matizada decisivamente por críticas acerbas al estado, lo que no impidió al hábil tirano mostrar disposición de colaborar para la impresión de sus fascículos. El excepticismo llevó a Bonó a refugiarse en el misticismo. Su actitud explica que, después de haber estado en el centro de la reflexión cultural, quedara aislado, que su obra careciera de continuadores y que fuera prácticamente olvidado.

La consideración histórico-sociológica

El aislamiento de la política se trocó en una agudización de la crítica social que, si bien no se dirigía literalmente al terreno de lo cotidiano, no dejaba de ir al fondo de problemas palpitantes. De ahí que su ubicación como intelectual se tradujera en la sistematización de posiciones dirigidas a mostrar sus nociones acerca de las claves de los problemas nacionales. Abandonó la perspectiva política propia del pensamiento liberal en el medio dominicano, y se propuso determinar factores sociales en la realidad de su época. La crítica, así, se fundió con una consideración histórica y sociológica que no tenía precedentes en el país. Lo que se puso en juego como recurso para explicar los problemas del momento no fue sino la evolución integral de la colectividad dominicana.

Lo social pasó a constituir la síntesis de la acción humana. Las soluciones políticas, por tanto, tenían que hallar un fundamento en las relaciones estructurales entre los grupos humanos. Sin aparentemente conocer la teoría de Marx, en la práctica desarrolló una síntesis social de la historia dominicana, por completo apartada de las preocupaciones de otros intelectuales por rescatar los hechos políticos. Tal vez su familiarización con la literatura francesa lo hiciera tomar por referente las obras de Alexis de Tocqueville, con sus análisis acerca de la Revolución Francesa y la democracia en Estados Unidos.

Sin duda que el análisis sociológico, aunque se afirmó desde temprano en la producción de Bonó, se consolidó como resultado de la problematización crítica a que sometió la experiencia liberal, pues sentía el imperativo de ofrecer explicaciones plausibles a los problemas inéditos que percibía. El punto nodal a ese respecto radicó en la encrucijada en que situó al liberalismo dominicano. Seguía aferrado a los

conceptos del régimen político deseable postulados por el liberalismo. Pero entendió que el medio vigente impedía su plasmación, problemática que no había sido esbozada por ninguno de sus contemporáneos, ni siquiera por Eugenio María de Hostos, aun cuando existían preocupaciones socializadas en la misma dirección.

En consecuencia, retroalimentó la crítica social con el análisis histórico, lo que se plasmó a cabalidad en su obra "Apuntes sobre las clases trabajadoras dominicanas", de inicios de la década de 1880. Con ese texto Bonó dio un paso trascendental en el desarrollo de las ideas políticas y la síntesis histórica. Ninguna indagatoria previa en el país tenía una densidad comparable. Sin embargo, no entabló discusiones doctrinales y, por tanto, no elaboró una propuesta teórica abstracta. Únicamente le interesaba ofrecer explicaciones razonadas acerca de los problemas de la época con una intención estrictamente pragmática. Tal vez ello explica la diferencia del impacto de su obra respecto a la de Hostos, mucho menos penetrante en la originalidad del medio dominicano, pero dotado de un aparato conceptual que le permitió hacer escuela.

Desde luego, hubo otros determinantes del escaso impacto que ejerció la consideración sociológica de Bonó. A diferencia de las enseñanzas de Hostos, los análisis de Bonó ofrecían poco terreno para la recomposición de acciones de la elite intelectual joven. En Bonó la empatía respecto al pueblo desempeña una función ordenadora de su síntesis. Pero tampoco se orientó hacia la composición práctica de un movimiento social alternativo, por cuanto dudaba de la potencialidad práctica de los trabajadores, como se verá, para él aquejados de los mismos males que achacaba a las clases dirigentes. Aunque de manera por completo distinta a la distancia afectiva que caracterizaba la visión de los liberales sobre la vida del pueblo, la crítica de Bonó estaba pautada por un espíritu ilustrado que condenaba múltiples expresiones de la cultura popular.

El régimen ideal y las relaciones sociales

La síntesis histórico-sociológica de Bonó describe al pueblo como colectividad que ha conseguido construir un marco nacional y busca en el ordenamiento social del presente las coordenadas de variadas determinaciones y el germen del régimen deseable. El análisis histórico le provee, así, los insumos para la elaboración de una propuesta de so-

ciudad que encuentra su sustento en la acción de los grupos humanos.

Se distancia de abstracciones acerca del régimen deseable, y lo hace depender de la experiencia histórica del propio pueblo. Esto es, su propuesta política resulta indisociable de la dilucidación que realiza de la historia dominicana. Y esto no obedecía tanto a una preocupación metodológica general, sino más bien a que entendía que, en la práctica, el pueblo dominicano, a lo largo del siglo XIX, había construido relaciones sociales que sentaban las bases para un orden adecuado. De ahí que el conjunto de su obra estuviese condicionado por la reivindicación de las relaciones sociales que se habían conformado desde inicios del siglo XIX. Su distancia de los regímenes liberales tenía por fundamento, precisamente, la constatación de que el proyecto de modernización de éstos se contraponía con la persistencia de tales relaciones sociales. Bonó adoptaba, en tal sentido, una doble crítica: hacia el mundo colonial previo y hacia el programa de modernización capitalista impulsado por los sectores dirigentes.

El núcleo del régimen social que se propuso defender como alternativa frente al sesgo oligárquico de la modernización era la pequeña tenencia independiente del campesinado. Bonó enjuicia duramente la proletarianización de los productores, señalándola como el inicio de un cataclismo social carente de sentido. Su crítica propendía a mantener las relaciones vigentes y a impedir el desarrollo de un capitalismo que conllevara la destrucción de los ordenamientos reivindicables de la sociedad existente. Era consciente de que resultaba inevitable una forma de capitalismo, pero la condicionaba a que no trajera efectos como los ya visibles en el país: injusticia, pauperismo y proletarianización.

En tal sentido, su propuesta de sociedad quedaba articulada a la defensa de la masa trabajadora. Para él campesinado era sinónimo - o, por lo menos, componente principal- de "clases trabajadoras" y percibía un conflicto irremediable entre éstas y los avances del capitalismo que se estaban registrando. En su concepción, la construcción de la nación significaba el logro de la autonomía del conglomerado nacional y de la autonomía social de sus integrantes, específicamente los campesinos.

Como situaba la relación entre campesinado y nación en un ámbito objetivo, veía su concreción en la organización económica que se había derivado del cultivo del tabaco. Atribuía a este producto la fun-

ción de haber viabilizado la dignificación de los trabajadores y, consecuentemente, del conjunto del régimen social mediante efectos variados que habían redundado en una dinámica positiva de la economía. Hallaba, por ende, en el tabaco el germen del ordenamiento nacional, por lo que le asigna la función de “padre de la patria”.

En sus estudios acerca de las clases trabajadoras traza una panorámica impresionista acerca del funcionamiento económico del tabaco, que tampoco tenía precedentes en la literatura dominicana. Explica cómo la autonomía de los pequeños campesinos se complementaba con su relación con agentes mercantiles ubicados en los puertos, conformando las bases características de las relaciones sociales en su conjunto. Adicionalmente, entra en consideraciones acerca de las razones por las cuales, técnicamente considerado, ese cultivo tenía efectos beneficiosos sobre el resto de la economía. Registra, por ejemplo, el desarrollo de artesanías accesorias, los delicados procesos de preparación de la hoja o los medios de transporte, llegando a la conclusión de que “del tabaco viven todos”. De ahí que estableciera una contraposición entre el tabaco y el cacao, producto este último que se desarrollaba con rapidez en su zona de residencia..

Para Bonó, por sus características técnicas, el cacao no se adecuaba a la pequeña propiedad del campesinado, sino más bien a la terrateniente. Razonaba que, al pasar varios años antes de la primera cosecha, el cacao requería de un capital que no estaba al alcance de los campesinos. En consecuencia, sentenció que mientras el tabaco es “demócrata”, el cacao es “oligarca”. De los dispositivos técnicos que daban lugar a la dualidad, pasa a una caracterización global que trasciende a estos últimos. Su punto final no lo encuentra en el avance del cacao, sino en el de la caña de azúcar en el Este, generadora de proletarización y, por consiguiente, indicador del futuro ominoso que esperaba al colectivo.

El mundo colonial

Para explicar tanto el advenimiento del sistema social vinculado al cultivo del tabaco como el componente cuestionable del capitalismo naciente, tuvo que acudir a la consideración de la historia en el largo plazo. Particularmente, trazó una panorámica del mundo colonial, a partir de la cual hacía inteligible la génesis del pequeño campesinado. Pero como percibía conexiones genéticas cruciales entre un medio y

otro, en diversos textos entró en consideraciones sobre un conjunto de factores que establecían límites al nuevo sistema social, factores que no son ajenos a las características de la modernización.

Su consideración del mundo colonial no tiene nada de tradicionalista. En tal sentido, razonaba como un liberal, lo que confiere elementos adicionales a su crítica de la modernización, que no se troca en un refugio reaccionario en el pasado. Era consciente del requerimiento del "progreso", con tal de que no conllevase injusticia y desigualdad. Ponderaba positivamente el ordenamiento decimonónico en la justa medida en que dejaba atrás el coloniaje y abría las puertas para el avance progresivo hacia el futuro. Se diferenciaba por ello de las apreciaciones conservadoras de medios cultos, que percibían en el coloniaje un mundo mítico perdido, caracterizándolo como el de la ignorancia y la indigencia. Se pronunciaba decididamente contra el mito de los bellos viejos tiempos, para lo cual acudía a la experiencia empírica. Su caracterización del mundo colonial se alejaba así de abstracciones románticas y se dirigía a considerar sus contenidos arcaicos y las causas por las cuales la práctica del pueblo logró su superación.

Sobre la base de compenetración con el campesinado, lo que más le interesó del funcionamiento del orden colonial fue la dinámica evolutiva hacia la pequeña propiedad. En este análisis introdujo problemáticas todavía no superadas -y en algunos alcances, no suficientemente comprendidas- por la tradición historiográfica posterior. No sólo no tenían nada que ver con las mitificaciones conservadoras, sino tampoco con el paradigma vigente de la modernización. Es el caso de la valoración de los terrenos comuneros, considerados casi univ ersalmente traba para el progreso, pero que para Bonó constituían una de las piezas que prepararon la universalidad del campesinado libre. Esta consideración favorable de los terrenos comuneros pone en evidencia, a nivel de análisis socio-histórico, la distancia que separaba a Bonó de los análisis corrientes acerca del "progreso", que concluían en la necesidad de erradicar este sistema de propiedad, bajo el supuesto de que estorbaba las inversiones de capitales y el incremento de la productividad en el campo. En su análisis, la evolución de los terrenos comuneros queda imbricada, a inicios del XIX, con variables demográficas y económicas, como el nuevo papel de las ciudades.

Explicaba al respecto muchas cosas que los documentos no explicitan a primera mano. Más aún, como es de rigor en una explicación

exitosa, la densidad de tales análisis trasciende lo que brinda la documentación. Su síntesis sobre dicho tema sigue siendo indispensable para la comprensión de la historia dominicana. La consideración de la colonia y su tránsito al orden político-social decimonónico logran una interpretación omnicomprensiva de contenidos centrales de nuestro proceso histórico. Las interpretaciones de Bonó no sólo fueron novedosas en su momento, sino que siguen siendo fundamentales en un variado espectro de temáticas. Personalmente, yo no puedo disociar la evocación del proceso histórico de la pasada centuria al margen de sus conclusiones fecundas.

Nos ofrece primeramente una definición del mundo colonial, al afirmar que estaba organizado alrededor de la articulación entre ganadería, latifundio y esclavitud. Divide, en tal sentido, las explotaciones en dos grandes tipos: los hatos y los ranchos. Los primeros se encuentran en zonas de llanura, fundamentalmente de sabanas; los segundos son los de zonas montañosas y bosques. En esta distinción evalúa variantes de relaciones sociales: los ranchos son concedidos normalmente a esclavos en una relación de aparcería, mientras que los hatos son administrados casi siempre por un libre en calidad de mayoral. En su opinión, tal ordenamiento del sistema productivo se interponía estérilmente al avance económico.

Situó los orígenes de la ruptura con ese ordenamiento en varios puntos: el nuevo papel de las ciudades, la abolición de la esclavitud y otras medidas del régimen haitiano, el nuevo marco jurídico y político, así como el inicio de la recuperación demográfica durante ese período y las subsiguientes colonizaciones interiores. La libertad personal, la superación de ataduras inherentes al orden colonial y la demanda externa quedan vinculadas, en su explicación, a un nuevo papel de la agricultura, la señal inequívoca del progreso, que sentó las bases de la expansión del cultivo del tabaco.

República Dominicana y Haití

La superación del coloniaje y la transición al esquema decimonónico llevaron a Bonó a evaluar de manera única en su época el impacto de la invasión haitiana de 1822. Aunque no elaboró mucho el tema, asoció la presencia haitiana con los rasgos democráticos del orden social existente. Sin embargo, éste había sido un resultado aleatorio que no se derivaba de la naturaleza del orden político haitiano, sino del he-

cho de haber contribuido a la disolución del sistema colonial español en Santo Domingo.

Frente a la aceptación del orden social dominicano en el siglo XIX, Bonó condenaba muchas de las facetas del ordenamiento vigente en Haití. La contraposición entre los dos países la situaba en el terreno de lo que definía como "exclusivismo" de la raza negra en Haití. Tenía reservas respecto a la exclusión de la diversidad, por considerarla contrapuesta a la democracia; también ponderaba que el exclusivismo negro se oponía al progreso, pues percibía a la raza blanca como indispensable para éste. De esto derivaba la conclusión de que el error de los gobernantes haitianos entre 1822 y 1844 había radicado en no haber propiciado un esquema confederado que garantizase la autonomía nacional de los dominicanos.

La necesidad de autonomía del pueblo dominicano se desprendía de su caracterización del régimen social: a causa de sus orígenes españoles, resultaba "cosmopolita", sustentado en la síntesis racial y abierto a la tolerancia de la diversidad. Situaba la preferencia de los dominicanos por la raza blanca como condición favorable para el avance histórico. Ahora bien, a pesar de la función necesaria que asigna al grupo blanco como portador de un sentido de modernidad, no hay nada en su obra que afirme la inhabilidad de la población de color para alcanzarlo. La tolerancia racial y el cosmopolitismo permitían, a su juicio, las necesarias conexiones con los centros de la civilización.

En este punto se encuentra el nudo problemático entre la afirmación de una democracia social y el apego a los paradigmas liberales del progreso, representados por los países europeos y Estados Unidos. Esto introduce un elemento de tensión en la obra de Bonó. Su convencimiento de que lo logrado en los países desarrollados constituía el referente crucial en materia de modelos de civilización es lo que explica su distancia de la cultura popular a que he hecho alusión. Por otra parte, a diferencia de Hostos, Bonó no se adentró en una crítica del industrialismo, cuestión tanto más paradójica en la medida en que Bonó afirma constantemente la validez de aspectos de un ordenamiento pre-industrial como el de su época. Se puede llegar a la conclusión de que para él, implícitamente, el proceso de desarrollo capitalista en el país contenía principios negativos sólo en la medida en que se apartaba de los factores civilizadores de la modernidad. Lo que se precisa-

ba en el país, a su juicio, era la profundización de un progreso verdadero, y ello ponía fuera de contexto cualquier problemática vinculada con el socialismo.

Como se planteaba operar en consonancia con los requerimientos del progreso, en esta ruta implícitamente identificaba un inconveniente que veía derivado de la democracia social dominicana: la indolencia nacional. Con esta evaluación se situaba en una perspectiva antropológica acerca de todo el conglomerado, al que imputaba graves vicios y dificultades para un enrumbamiento correcto del destino de la nación. La crítica se dirigía indistintamente a las clases directoras y las trabajadoras, aunque señalaba en las primeras falta de creatividad.

De lo anterior derivó la propuesta de una reforma intelectual integral que sería la base para superar la vigencia del despotismo, esta última asociada a un cúmulo de factores: el origen colonial, el bajo nivel cultural prevaleciente, el despotismo del Estado Haitiano y las consecuencias de la negativa haitiana a reconocer la independencia dominicana. En realidad, llegó más lejos, al postular que el despotismo era el correlato del ordenamiento social integral, la expresión de los vicios mentales que aquejaban a todo el conglomerado dominicano. Percibía que no se habían generado los recursos de inteligencia para concretar el ordenamiento político idóneo.

Clases directoras y clases trabajadoras

En lo recién visto hay un componente que ayuda a comprender las razones del escepticismo de Bonó para encontrar un protagonismo alternativo. La base de esto radicaba en la contraposición entre la esterilidad ideológica de las clases directoras y la creatividad práctica de las clases trabajadoras. El nudo del problema consistía en que, a su juicio, las primeras debían ser las portadoras naturales del principio del progreso, lo que introducía una encrucijada al destino del país. Las clases trabajadoras, por su parte, carecían de las condiciones intelectuales para dar respuesta activa a ese vacío.

Criticaba a las clases directoras por su apego a los principios del orden colonial, de lo que derivaba el requerimiento de la reforma intelectual. Le resultaba insoslayable la superación de los prejuicios del período español, particularmente en lo atinente a las desigualdades entre los grupos de color. El ordenamiento social decimonónico había

quedado trunco en sus implicaciones democráticas por no llegar a plasmarse en el sistema político y en las ideas directrices de la sociedad. El proceso histórico había estado revestido de un protagonismo automático de la acción de las clases trabajadoras, forzosamente de efectos restringidos. Por ello acordaba especial importancia al vicio intelectual de las clases directoras de concebir el progreso en la forma grandilocuente de una "idea bella", estéril y carente de originalidad, resultado del posicionamiento de modas triviales de espaldas a la realidad nacional. Observaba que, en la práctica, el programa de las clases directoras era un despropósito, lo que ejemplificaba a través de los planes de construir líneas ferroviarias. Para él, los requerimientos de capital que involucraban los ferrocarriles los tornaban impracticables, por lo que propugnaba por la construcción de caminos, recurso acorde con las posibilidades del país.

Este ejemplo, entre otros, le permitió desarrollar la tesis de que la indolencia del colectivo había redundado en la propensión de las clases dirigentes a esperarlo todo de fuera. En las consecuencias del señalamiento estaba involucrada una contraposición de estilos antagónicos de desarrollo. No le resultaba casual, por tanto, la degeneración de los estamentos de políticos y burócratas, al grado que llegó a calificar al sistema político como "corruptor". Se puede interpretar que lo que estaba en el centro de sus cavilaciones no era otra cosa que el logro de una alternativa a la acción de las clases directoras. Pero no encontraba un agente, por cuanto también sometía a crítica a las clases trabajadoras, no obstante el protagonismo visto que les adjudicaba en la construcción de la nación. Los pobres habían forjado esta obra en la dimensión del trabajo, en la acción cotidiana por la subsistencia, dando lugar a la autodeterminación nacional y a la libertad jurídica vinculada al régimen social democrático. Encontraba que la gran conquista social del conglomerado dominicano había radicado en la superación de la esclavitud y en la subsiguiente autonomía social de los trabajadores, resultado asociado, como se ha visto, a la dinámica societal del cultivo del tabaco.

Más allá de este plano objetivado, percibía deficiencias tremendas en las clases subalternas, a las cuales caracterizaba como portadores de la indisciplina, a causa de sus orígenes en las tinieblas del régimen esclavista. En consecuencia, las clases trabajadoras no tenían por el momento capacidad de ejercicio político. Una de las claves posibles de

las cavilaciones que acompañan a sus propuestas radica en el escepticismo sobre las potencialidades alternativas de los trabajadores, algo que debió constituir un componente adicional para mantenerlo alejado de la teoría socialista. Afirmó de manera categórica que cada vez que estos *habían tenido forma de intervenir en los asuntos públicos* no habían hecho más que reproducir los vicios y errores de los sectores dirigentes y magnificar el desorden sempiterno del país. Tal consideración lo llevaba a tomar distancias de los actos de oposición a la explotación social, que calificó de impotentes e inútiles, por cuanto no contenían propuestas novedosas que permitieran torcer las tendencias nocivas prevalecientes. Pero, dado que tenía que acordar función decisiva a los trabajadores en cualquier acción nacional, la culminación de su visión escéptica concluyó en que la corrupción, el mal supremo de la época, también se había interiorizado en ellos.

Con todo, Bonó no pudo evitar recaer en la búsqueda de brechas alternativas al sistema político vigente que conllevaran el protagonismo beneficioso de la masa del pueblo. Es lo que se puede inferir de su Congreso extraparlamentario, ficción de un sistema político utópico, donde representantes pertenecientes al propio pueblo analizan juiciosamente sus problemas y trazan las sendas alternativas. Se puede leer que *estaba abogando por una acción autónoma de los trabajadores* frente a un estado sujeto a una degeneración casi irremediable. Se infiere de esos debates la idea de que la construcción de la democracia debía tener por terreno el de la sociedad. La correspondencia que sostuvo con varios amigos en sus últimos años de vida permite visualizar que relativizó su conclusión previa de que resultaba irreversible el rumbo desgraciado de la modernización.

Actualidad de Bonó

Esta búsqueda irrenunciable del progreso social, en pos de la instauración de un orden justo, *constituye a mi juicio la síntesis del legado precioso de la obra de Bonó*. Ofrece un ejemplo señero de intelectual incorruptible, de vida admirable, apegado a la suerte del pueblo pobre. Representa la antítesis del prototipo del político en el medio dominicano desde su época, proclive a no observar principios y a adaptarse con un dúctil sentido de oportunidad a los intereses predominantes.

Entre las virtudes que acompañan sus cavilaciones sobresale la

exigencia de originalidad, que deriva de todo el aparato conceptual y de análisis socio-histórico. Esta exigencia, a su vez, se deriva de la de responsabilidad, ya que invariablemente eludió soluciones fáciles y concesiones a las modas superficiales, al tiempo que mostraba conciencia cabal acerca de las dificultades que se presentaban en los procesos. Bonó no podía temer quedar aislado, pues su reciedumbre moral lo ayudaba a entrever planos de los problemas que no coincidían con las aproximaciones corrientes. Habiendo sido un espíritu realista por su inteligencia y sentido de responsabilidad, por encima de las dificultades enormes que entreveía no renunció a la búsqueda de soluciones inéditas.

Los contornos de la sociedad actual han experimentado cambios sustanciales respecto a los existentes a fines del siglo pasado. Empero, las apreciaciones de Bonó mantienen una vigencia extraordinaria, por cuanto se adelantó a su época cuando previó los efectos catastróficos de la modernización capitalista. Sus elaboraciones deben ser fuente de inspiración en el método, pero también en lo que en concreto contienen de enseñanzas. La emergencia de nuevos planos de identidades remite a la captación de determinantes del proceso histórico, y en tal sentido la obra de Bonó resulta insustituible. Son muchos los insumos que pueden proveer sus cavilaciones, y de ahí que leerlo con detenimiento deba coadyuvar a replantear problemas centrales de hoy.